

Celso Peyroux

PASARON POR TEVERGA AHORA YA PUEDEN SER REYES



La comunidad vecinal vivió, con la visita de los Príncipes de Asturias, uno de los días más bellos de su historia



Llovió con fuerza durante toda la noche pero con las luces del alba, Dios se apresuró a pintar de azul los cielos. El día está radiante y las cumbres de Sobía se muestran como un diamante iridiscente.

Me han llamado para acompañar a los Príncipes de Asturias en su visita a Teverga. Mes y medio antes, el Gran Jurado había declarado a mi comunidad vecinal como “Pueblo ejemplar del Principado”.

Los espero, con olor-loor de multitud de gente y las autoridades, en la Plaza del General Gonzalo con su fuente que canta gozosa una bella melodía. Estoy al lado de Chano García. Él fue el promotor de todo cuanto vino ocurriendo en la Fundación Príncipe de Asturias, en los últimos treinta años. Gracias amigo querido. El *Gran capitán* y Néstor nos están viendo mientras Anita Los Henos, mira por la ventana. Ya están aquí, es la hora del mediodía. Aquel “Niño de los cabellos de oro” –según un cuento infantil- había crecido y hubiera podido ser un buen jugador de baloncesto. A su lado una princesa que sabe mucho de la bella y difícil jungla de letras sobre el papel escrito. El se llama Felipe y ella Leticia.

Saludos, sonrisas, besos, cercanía con el pueblo llano y, de pronto, veo una Luz entre los brazos de la Princesa que le da un ósculo tierno al tiempo que la niña, de quince meses, aplaude entusiasmada.

En las Consistoriales, los Príncipes firman en el libro de honor y reciben sendos regalos: una bella



talla donde se muestra la idiosincrasia del concejo y un libro que narra la Historia y vida de estos valles.

Y con las mismas, nos ponemos en marcha entre fotos, afecto, voces femeninas de: “guapo” y “guapa”. ¡Ay mujeres! ¡Qué sería de nosotros sin ellas! ¡Qué estirpe las féminas teverganas! ¡Madre del amor hermoso!, que diría mi madre. Ellas fueron las que sacaron a este solar del olvido, la tristeza y la desesperanza.

Tengo a mi lado a Ángel González. Camina despacio con un libro de versos que dice en la cubierta: “Otoños y otras luces”. Él poeta y amigo, también fue “Premio de las letras” y fue Felipe quien

se lo entregó en el Campoamor una tarde de otro otoño pretérito:

*“...Ha pasado un ángel/
que se llamaba luz, o fuego, o vida/
y lo perdimos para siempre...”*

Calle de Santiago García Fuente abajo, los Príncipes se sientan un instante en un banco elaborado para ellos y le hacen entrega de una talla en madera con un oso lleno de vida. El escultor fue Julio Veigas, amigo entrañable desde la adolescencia. Un delicioso torrezno con vino en Casa Narciso -la taberna más vetusta, bella y popular De Teverga- la sonrisa de Pepita y de sus hijos y todos hacia la plaza de la Paz.

Desde Los amplios ventanales de la hermosa mansión Marujina y los suyos saludan -gracias Alteza- a los Príncipes. Quiero ver en ella la figura señorial de doña Carmen Mendoza, la antigua propietaria. Al paso nos salen María Jesús y Pepe Patona, padres de nuestro mejor futbolista de todos los tiempos: Adrián López con cuyo equipo simpatiza Felipe, aunque él sea prudente a la hora de inclinarse por un club. Leticia sabe poco de fútbol, pero mucho de otras muchas cosas.

Ángel ya había visitado nuestro querido solar de la mano de Manolo Lombardero, Paco Iganacio Taibo y Juan Benito Argüelles... Bella tarde aquella en el Chalet de don Santiago. La luz es inmensa y apacible tal fuera el final del estío. El poeta me lo susurra al oído:



*“...apagadas cigarras, unos grillos apenas,
defienden el reducto
de un verano obstinado en perpetuarse...”.*

Alegría desde los balcones y ventanas de la Moderna y la casa de Chalo Blanco. En la plaza más abrazos, manos que se deslizan, afectos y Milina -esposa que fue del recordado don Octavio Canteli-, con casi sus cien años, sonríe dichosa a los



Príncipes. Pedrera arriba, La Tasquina de Antonio, Gelo Callejina con las buenas gentes de La Canacha y las hojas de los chopos que amarillean junto al río:

“...De los álamos vengo...”

Más saludos corporativos y de pronto las infantas que nos salen al paso y corren a los brazos de sus padres. Celia, Ita y Bárbara les regalan un hermoso cuadro a pastel con las caras sonrientes de las niñas. Leticia, madre sobre todo, lo agradece. Felipe esta dichoso de ver a la familia reunida y mira a la Princesa:

*“...Así te he visto yo desde la sombra
contempladora, fiel, constante/
vencido el dulce gesto
y la mirada absorta...”*

En la plaza de Valentín Escobar -salvador de la Colegiata, del fuego y de las hordas- el Gran Jurado da la bienvenida a los Príncipes. Todos son viejos conocidos y amigos del alma. Ángel dialoga con Fernando Beltrán y en el aula de las metáforas hablan de versos. Un tumulto mesurado de gente los recibe y aplaude. Visita a la colegiata. Los capiteles enmudecen. Luces y sombras por todas partes. La piedra en carne viva desde hace mil años.

*“...Enigmática luz, tan clara y pura
que tan sólo se ve en lo que desvela...”*

Los artistas comediantes teverganos hacen las delicias con sus parodias en los claustros y Felipe se ríe a carcajadas. A la salida, bajo el tejo centenario de Alfonso Camín, queda la piedra al descubierto y el bronce señala que aquí hay un pueblo ejemplar por los tiempos de los tiempos. Se oye la palabra precisa y preciosa de Mino, Fermín y de Felipe. El Príncipe se acuerda de nuestro general Gonzalo y Matilde solloza

de alegría. Hay recordatorios, verbos de fe y esperanza en el futuro. Habrá que estar
atentos, de ahora en adelante, al reloj para no perder el crono de la vida y la antorcha
de lo sublime:

“...Nunca llegué a esa luz.



*cuando iba a alcanzarla,
el tiempo, más veloz,
ya la había apagado con su pátina...”.*

Vuelta al pasado en San Salvador de Alesga. Los niños encienden las horas
pasadas y artistas virtuales nos muestran sus pinceles.

Refectorio improvisado con más de seiscientos comensales. Buenos y bien
presentados manjares y caldos bien cultivados con sabor a néctar y borrachinos. A los
postres un libro con el verde esperanza se distribuye para que el recuerdo y la palabra
escrita perduren por siempre.



Las luces de la tarde se diluyen y Felipe y Leticia se van de nuestro lado pero Ellos se quedan con nosotros. Flores para Ramón. Sonrisas y lágrimas y un pueblo ejemplar que los despide.

La luz que era de oro ahora es de plata. Es como si el sol no quisiera irse:

*“...Que perezoso día
que no quiere marcharse
hoy a su hora...”*

Pepín Efecolada nos lo dijo cuando la noche cerraba: “Ahora ya pueden ser Reyes, pasaron por Teverga”.



El Cronista del concejo y autor de este artículo acompañó a SS AA RR durante la visita